

Romeo, Romeo



Romeo, Romeo

Robin Kaye

Traducción de Scheherezade Surià



TERCIOPELO

Para mis abuelos, Anna Maria
y Antonio Orlando.

Capítulo uno

Rosalie Ronaldi consiguió escapar del manicomio. Bueno, no era un manicomio de verdad, era la casa que sus padres tenían en Bay Ridge, pero la mayoría de las veces parecía un psiquiátrico siciliano. Se puso el abrigo a toda prisa y, al oír el portazo a sus espaldas, suspiró y echó a correr hacia el coche para guarecerse del frío de enero.

La típica cena italiana de domingo en casa de los Ronaldi era siempre una lección de autocontrol. Hoy había sido una lección sobre la evasión: la evasión del matrimonio.

Por más que lo intentara, Rosalie no sabía por qué una madre obligaría a una hija, a la que supuestamente ama, a casarse. No es que el matrimonio le hubiera traído a ella muchas alegrías, precisamente. Todo lo contrario.

Cada vez que Rosalie tomaba una decisión, medía las probabilidades y estudiaba las pruebas estadísticas; algo en lo que siempre había sobresalido. Con un 53 por ciento de divorcios, si le añadías el número de matrimonios infelices que no terminarían en divorcio por creencias religiosas o pura terquedad, que estimaba en un 46 por ciento, solo un uno por ciento de todos los matrimonios podía considerarse feliz. Una persona feliz tenía que estar loca para correr un riesgo calculado con un 99 por ciento de posibilidades de fracaso.

Rosalie era muchas cosas pero loca, no. De niña, decidió que no se casaría nunca y su experiencia no había hecho más que cimentar esa decisión. Pero claro, si osaba decirlo, incumpliría el undécimo mandamiento: «Te casarás con un buen muchacho católico (preferiblemente italiano) y tendrás hijos... o irás derecha al infierno».

Subió a su VW Escarabajo y puso rumbo a su apartamento

en Park Slope. Al coger la autopista Prospect oyó un ruido sordo muy extraño. No era buena señal, de modo que se detuvo en el arcén. El neumático había quedado tan liso como una oblea y después de una comida italiana maratoniana, la cinturilla de los pantalones le apretaba tanto que si inspiraba hondo, lo más probable era que el botón saliera disparado. Solo Dios sabía lo que ocurriría cuando se agachara a cambiarlo.

Abrió el maletero esperando encontrar el neumático de reemplazo. Tenía que estar ahí mismo, pero lo único que vio fue un agujero.

¡Fantástico! Lo que le faltaba. Se quedó mirando el maletero, se dio la vuelta para darle una patada a la rueda y llamó a su hermano el nombre que mejor le quedaba en ese momento: gilipollas.

«*Stronzo!*» Tendría que haberlo sabido más que darle ciento sesenta dólares a su hermano para que le cambiara el neumático. Además le dijo que comprara uno de recambio pero de tamaño normal y ni tan siquiera le había comprado uno de esos tipo galleta. «*Es proprio un stronzo della prima categoria.*»

No tenía ningún problema en llamar a Rich el mayor gilipollas del mundo en italiano. Después de todo, Dios perdonaba los insultos si se decían en un segundo idioma e incluso daba puntos extra por maldecir en un tercero. Tenía la sensación de que debería reparar su francés.

Dominick Romeo estaba en el moderno garaje de su concesionario principal, el más grande de Nueva York. Lo había montado de la nada a base de trabajo duro y ahora era dueño de una cadena de concesionarios que cubría la mayor parte de la costa Este. Sin embargo, seguía sin saber qué le pasaba a su Viper.

Nick miró el reloj junto a su elevador hidráulico y decidió irse a casa. Era el único que tenía la desgracia de seguir en el taller un domingo a las cinco de la tarde. Cualquiera con dos dedos de frente estaría en su casa digiriendo tranquilamente una cena italiana tradicional, pero él no. Su coche había escogido ese día para estropearse. Cerró el capó de un golpe e hizo una mueca al notar una punzada en la cabeza. Mientras se limpiaba las manos de grasa, le daba vueltas a ese gran misterio de la vida: ¿por qué

el hombre había combinado los ordenadores y los motores de combustión interna?

El fin de semana había empezado fatal y no había hecho más que empeorar. El viernes, la oferta que hizo de compra del concesionario que deseaba desde que fuera un niño le fue rechazada. El sábado por la noche, en lugar de mostrar consideración por él, su novia Tonya empezó a farfullar sobre el matrimonio y al final no le dejó más remedio que romper con ella. Eso la dejó a ella hecha un mar de lágrimas y a él un mar de alcohol, que culminó en una resaca descomunal el domingo por la mañana.

Aquella misma mañana se había despertado con una llamada de su madre que le recordaba que le tocaba llevar a Nana a la iglesia. Durante la misa con su abuela y una resaca colosal se preguntó si Jesús murió realmente por nuestros pecados o porque morir era mucho menos doloroso que escuchar a Nana cantar. Aquella mañana, Nick había sentido la tentación de colgarse en la cruz él mismo. Que se le estropeara el Viper era la gota que colmaba el vaso. Tenía entendido que los problemas venían de tres en tres, pero debía de haberle tocado una dosis extra, porque la última vez que los contó ya llevaba cinco, lo que significaba que aún le quedaba uno más por venir.

Dejó una llave de tubo en su sitio y apagó las luces. Al menos sabía que encontraría una cerveza fría y una cama calentita en casa. Pero, a menos que quisiera conducir una grúa, tendría que rebuscar en la caja de llaves y mover los coches que bloqueaban la entrada del concesionario para coger uno de los de prueba.

No había otra cosa que asustara más a los vecinos que ver un camión-grúa aparcado delante de su bloque de piedra rojiza en Park Slope. Las miradas fulminantes no le importaban, al menos no lo suficiente para pasarse media hora buscando unas llaves y apartando coches. Llevaba treinta y un años viviendo en el mismo edificio —desde que nació, de hecho—, cuando Park Slope tenía una reputación casi tan mala como Bedford Stuy. Si quería aparcar un camión delante de su casa no era asunto de nadie más.

Nick ya llevaba puesto el mono de modo que no se ensuciaría la ropa al sentarse en el asiento pringoso de la grúa. Se subió y puso rumbo a casa. Estaba a punto de llegar cuando vio un coche averiado en el arcén. Una mujer le estaba dando patadas a un

neumático pinchado sin importarle lo más mínimo los coches que pasaban volando a su lado.

Encendió las luces de emergencia y aparcó delante del coche de esa lunática. Por lo menos esperaba que el vehículo fuera suyo. Como no lo fuera, el propietario iba a coger un buen cabreo porque se le había escapado alguna patada que otra al parachoques. Dio marcha atrás, pensando que era mejor quitarse esa cosa mala de encima lo antes posible. Y es que esa perturbada parecía una buena candidata para convertirse en el problema número seis.

Saltó de la grúa y se acercó a la mujer. A pesar del ruido ensordecedor del tráfico creyó oírle soltar tacos en italiano y quizá francés.

—Oye, si has acabado de darle golpes por ese lado, puedes empezar por el otro. Acabarás hecha una pizza si te quedas ahí. —Esperó a que le respondiera pero ella se limitó a mirarle como si fuera un extraterrestre. Volvió a intentarlo, esta vez más despacio. Quizá estaba loca de verdad—. Mira, si me abres el maletero, te cambio el neumático. Luego puedes irte a casa y tratar la causa de tu enfado tranquilamente.

—¿Y tú quien eres, so listo? ¿Te crees que si estuviera por la zona no lo hubiera encontrado y dado una paliza por ser tan cazurro?

Nick arqueó una ceja, contento de presenciar esa explosión a una distancia prudencial.

—Y si hubiera comprado el recambio con el dinero que le di, ya habría cambiado la rueda yo solita. Tendría que haber aprendido la lección cuando, a los cinco años, me di cuenta de que Richie me había estado robando, cambiándome monedas de diez centavos por las de cinco. Me dijo que las de cinco valían más porque eran más grandes y le creí. Tendría que haberle matado hace años pero aquí me tienes ahora, hablando contigo a menos seis grados.

En ese instante debió de caer en la cuenta de que estaba gritándole a un buen samaritano. Inspiró hondo, se metió las manos en los bolsillos y suavizó el tono.

—Pero te agradezco que hayas parado.

—No pasa nada.

A Nick le costó reprimir la sonrisa. Siempre había sentido

debilidad por las mujeres con carácter. No quería cabrearla tampoco, ¡pero era tan guapa! Una lunática empedernida, de acuerdo, pero muy atractiva.

—Oye, ¿por qué no te resguardas del frío dentro de la grúa? Pero no toques nada. Cargaré el coche en la plataforma y te llevaré a casa. Mañana puedes venir a recogerlo en el Romeo's.

Ella retrocedió y farfulló:

—¿Quieres que me suba a ese camión contigo?

Dominick entrecerró sus sicilianos ojos azules, preguntándose si seguiría llevándose el mérito del marrón número seis si la dejaba plantada en la autopista. La verdad es que lo había intentado.

—¿Quieres que te lleve el coche al taller o no?

—Pues claro, pero no suelo subirme a coches con extraños.

Cogió los cables que le hacían falta para asegurar el coche.

—Pues que tengas suerte y encuentres un taxi a estas horas. Si quieres, te dejo el móvil. Está sobre el asiento. Voy a tardar diez minutos; si cambias de parecer, dímelo. —Nick le oyó decir algo de ahogar a alguien en un charco de sangre pero con el ruido del tráfico era difícil saber a quién se refería. Esperaba que no hablara de él.

Rosalie se preguntaba si los puntos que había acumulado maldiciendo en francés bastaron para convencer a Dios de que le enviara ayuda, ya que no había encontrado ni un solo taller abierto en todo Brooklyn. Se sintió orgullosa al comprobar que los tres años de francés en el instituto no habían sido una pérdida de tiempo, aunque cuando algo era demasiado bueno para ser verdad, es que no lo era. Las grúas no circulaban solas en busca de coches averiados, ¿no?

Si Dios había enviado a este sujeto, es que había ganado muchos puntos. Vale, lo estaba mirando fijamente, pero no podía evitarlo. Era como Jude Law pero más grande y moreno. El italiano que llevaba dentro le aportaba más atractivo, por no hablar de lo bien que llenaba ese mono de mecánico. Debería ser ilegal ir tan sucio y estar tan bueno. Al mismo tiempo.

En circunstancias normales, no se lo habría pensado dos veces si un mecánico se ofreciera a llevarla a casa, pero había algo en él que no cuadraba. Llevaba un mono con su nombre cosido y tenía las manos sucias, pero el corte de pelo era más propio

de un modelo del GQ que de un mecánico en una revista de coches. Llevaba unos zapatos de vestir que parecían hechos a mano y no botas de trabajo grasientas. Y luego estaba lo de su acento, o falta de él, vaya. Tenía la forma de hablar de alguien de Brooklyn, empleaba las palabras adecuadas, pero le faltaba acento. Parecía un tipo de Connecticut intentando parecer de Brooklyn. Eso le convertía en un rico con amnesia que trabajaba de mecánico o bien un asesino. Las probabilidades de que fuera una u otra cosa eran bastantes escasas, si bien lo del asesino encajaba mejor.

Rebuscó en el bolso en busca del móvil que había tirado dentro tras su último intento de encontrar un taller abierto. Llamó a su novio Joey, a sus padres, a su mejor amiga, Gina, e incluso a su prima Frankie. No había nadie en casa y estaba empezando a nevar. Llamó a una empresa de taxis. Aún tardarían unos cuarenta y cinco minutos en llegar. Sería mejor arriesgarse con un posible Charles Manson que esperar durante una hora en el arcén de una carretera. Además, se le estaban estropeando las botas de ante y le encantaban esas botas. Maldita sea.

Levantó la vista y vio a Nick, si es que se llamaba así de verdad, acercarse a ella.

—¿Has podido dar con alguien?

Rosalie sacudió la cabeza.

—Si no quieres que te lleve a casa, por lo menos deja que te lleve a algún restaurante o bar donde puedas esperar a un taxi.

—¿Por qué no tienes acento? —Bueno, ahora ya pensaba que estaba loca... O eso es lo que sugería su mirada.

—Un fuerte acento de Brooklyn no es bueno para el negocio así que me lo cambié. Y ahora, ¿qué? ¿Vienes o no?

Tenía su lógica. Hasta ella intentaba suavizar el acento cuando trabajaba. Era extraño para un mecánico, sí, pero de haber sido un asesino en serie, ya la habría metido en el camión. ¡Qué cojones! Se arriesgaría para salvar las botas.

—A casa, James.

—Me llamo Nick —dijo él y señaló el nombre cosido en el mono.

—¿Nick es abreviatura de Dominick Romeo? Tendría gracia que me rescatara el soltero de oro de Nueva York... bueno, ahora que Donald Trump vuelve a estar casado.

El chiste no le hizo gracia. El ceño fruncido de Nick le hizo preguntarse si no sería mejor esperar en el arcén, pero no le dio tiempo a cambiar de opinión porque al momento la ayudó a subirse al camión.

Nick cerró la puerta y dio la vuelta por delante. Entró de un salto y retomó la conversación sin esconder la aversión que le provocó el comentario.

—¿Es que esperas tener suerte y casarte con un ricachón?

—¿Con quién? ¿Con Dominick Romeo? —Ya, como si eso fuera a pasar. Se abrochó el cinturón e intentó olvidarse de lo grasiento que estaba... y de lo bien que le quedaba el hoyuelo en la barbilla. Ambas cosas le produjeron escalofríos pero por motivos muy distintos.

—Muérdete la lengua. Lo último que necesito es un marido, sea rico o no. Bastante me cuesta ir limpiando lo que el perro ensucia. Pero como le cuentes eso a alguien, tendré que matarte.

Él se echó a reír y dejó de fruncir el ceño.

—Tu secreto está a salvo conmigo. ¿Así que ahora comparan a Romeo con Trump?

—Sí. Tengo oído que es la versión de Brooklyn del mismo Donald pero sin ir tan repeinado. Puede que no sea tan rico, pero dicen que es más joven y atractivo.

Nick sonrió y ella sintió como si la hubieran atizado con una barra metálica. Debería registrar su sonrisa como arma letal y llevar cuidado con dónde apuntaba. Esa sonrisa conseguiría que cualquier mujer normal levantara los brazos y gritara: «¡Tómame!».

Rosalie tenía suerte de no ser una mujer normal. ¡Si ni siquiera estaba soltera! Tenía una relación, de conveniencia, sí, pero bastaba. Mejor dicho, había bastado para que sus padres no la atosigaran para que se casara, hasta hoy. Hoy su madre la había informado de que era el segundo aniversario de su primera cita con Joey; una cita que, evidentemente, había causado más impresión en su madre que en ella misma.

Al parecer, a Joey ya le estaba bien que las cosas fueran así. Le daba de comer varias veces a la semana; tenían sexo ocasional a la par que aburrido con la típica postura del misionero; y ambos tenían a alguien a quien llevar a las reuniones familiares. También ayudaba que su madre ya no cuestionara la se-

xualidad de su hijo. Durante un tiempo, la señora Manetti le preguntaba cuándo traería a un novio o a una novia a cenar. Luego añadía que no le importaría que fuera un chico, aunque pareció muy aliviada la primera vez que Rosalie fue a comer. No creía que hubieran dudado alguna vez de la sexualidad de Nick.

Nick volvió a mirar a la mujer que tenía al lado. Decidió que la cordura estaba sobrevalorada. La muchacha era el sueño erótico de todo hombre. Le recordaba a la Sophia Loren a lo *pin-up* que su tío abuelo Giovanni tenía colgada en la trastienda de su barbería. A Nick le gustaban las mujeres bien hechas y con curvas y no esas mujeres esqueléticas que parecían hombres. Tonya siempre estaba tratando de perder peso y eso le volvía loco. Tenía el culo tan pequeño que casi no había dónde agarrar. La psicópata tenía un culo de toma pan y moja. Tenía que pedirle una cita solo por eso. Además, era de admirar que supiera insultar en varios idiomas. Y era hermosa incluso sin maquillaje. Nunca había visto a Tonya sin maquillar, ni siquiera después de una sesión de sexo sudoroso, pero se jugaba lo que fuera a que no tendría tan buen aspecto. La *Donna Pazza* no era tan despampanante como Tonya, pero seguro que no se inyectaba bótox ni llevaba implantes de colágeno... ni tenía unos pechos que tuviera miedo de apretar por miedo a que reventaran. Los suyos parecían ser de una 90 y completamente naturales.

Sin embargo, tenía un problema con su coche. El escarabajo amarillo no podía ser más femenino ni aunque lo pintara de rosa. Si hasta tenía un florero instalado en el salpicadero. Si decidiera salir con ella, tendría que conseguirle otro coche. No podía salir con una mujer que condujera un coche en el que le daría apuro que le vieran.

—¿Me das tu dirección o quieres que te deje en algún bar? Como de todos modos necesito tu nombre y dirección para la orden de trabajo, podrías dejarme que te llevara a casa.

—¿Qué?

A Nick le entraron ganas de chasquearle los dedos delante de la cara pero al final cogió una carpeta y rellenó el formulario.

—Necesito tu nombre.

—Rosalie. Rosalie Ronaldi.

—¿Ronaldi? ¿Rich Ronaldi es pariente tuyo?

—Es mi hermano mayor y el motivo por el que me falta una rueda. ¿Lo conoces?

Nick sonrió. Cuanto menos supiera de su historia con su hermano, mejor. Aunque tuviera quince años, emborracharse y acostarse con la novia de Rich era algo imperdonable. Que les arrestaran a los dos por robar un coche, no hacía más que añadirle más miga al asunto.

Lo último que sabía de él es que era profesor en la universidad de New Hampshire o de Vermont; uno de esos estados que tenían más árboles que gente y nieve para aburrir. No vio necesidad de poner sobre aviso a la deliciosa Rosalie ni a su hermano, de que Nick Romeo la perseguía. Pronto lo averiguaría ella solita y cuando Rich se enterara, ya sería demasiado tarde para hacer otra cosa que no fuera secarle las lágrimas. No es que quisiera que todas sus mujeres terminaran llorando, pero eso es lo que solía suceder. Sus relaciones no duraban mucho así que, ¿por qué complicar las cosas sacando a colación un tema del pasado? Cuando Rich volviera a la ciudad, él ya sería historia. Aunque, por algún motivo que desconocía, esa idea no era gratificante del todo.

Intentó sacársela de la cabeza. Era un Romeo en todos los sentidos de la palabra. Era tanto un legado como una maldición. Nick venía de un linaje de hombres que se casaban con mujeres, las dejaban embarazadas, se iban y nunca más volvían a aparecer. Él nunca haría que una mujer y un niño pasaran por lo que había pasado su madre. No, esa estirpe de Romeos terminaría con él. Tampoco es que fuera el colmo de la virtud; eso lo sabían todas las mujeres con las que había estado. Practicaba la monogamia, era reacio a casarse y siempre usaba preservativos. Por lo que a él respectaba, les estaba haciendo un favor.

—¿Rich sigue dando clase?

Rosalie le miró, subió una pierna al asiento y se sentó encima.

—Sí. Y es difícil de creer. No me imagino a un exdelincuente juvenil como Rich a cargo de unos chavales impresionables, aunque tengo entendido que se le da muy bien.

—Bueno, eso te demuestra que todos maduramos tarde o temprano.

—¿En serio?

Parecía que lo dudara. Entonces recordó a Tonya cuando le dijo que sufría del síndrome de Peter Pan. Pero la definición que tenía él del sufrimiento y la de ella eran cosas muy distintas. Él se acostaba con mujeres atractivas hasta que pasaba la novedad o ella empezaba a hablar de matrimonio, lo que sucediese primero. Tenía vetado el acceso a su piso para no tener que preocuparse nunca de bajar la tapa del retrete. Y, lo mejor de todo, no tenía que estar siempre a disposición de nadie. Si no quería hacer algo, no lo hacía y punto. Sí, así era como sufría él.

Nick se pasó al carril de la izquierda y echó un vistazo a su acompañante.

—Entonces, ¿me vas a decir dónde vives o tengo que adivinarlo?

—Coge la próxima salida en dirección al parque. Luego gira a la izquierda en la calle Cuatro.

Rosalie trataba de no mirarle fijamente, de verdad que lo intentaba. Rebuscaba en el bolso pero siempre acababa mirándole. Tenía aspecto de no haber tenido un buen día. Tenía los ojos inyectados en sangre y el rostro contraído como si tuviera la madre de todos los dolores de cabeza. Las emociones que se reflejaban en su cara eran muy reveladoras: rabia, determinación y un cierto aire de autosuficiencia, como si dijera «Ya te enseñaré yo...».

Este hombre podía adornar las portadas de cualquier revista o novela romántica, pero si quería alegrarse la vista sería mejor que se comprara un calendario con fotos de tíos cachas. Sabía que había uno muy bueno con los bomberos. Quizá hicieran alguno también con mecánicos. No le costaba imaginarse a Nick con la cremallera del mono bajada, dejando a la vista un torso musculado, su tableta de chocolate y ese vello del vientre que llevaba a... bueno, digamos que no le importaría echarle un vistazo a lo que había bajo el capó.

—Y bien, ¿qué me dices?

La voz de Nick la trajo de vuelta a la realidad.

—¿Qué? Perdona, no prestaba atención... ¿Qué decías?

—Te he preguntado si querías salir a comer algo o a tomar un café cuando vengas a recoger el coche.

—¿Por qué? —Vale, ahora la miraba como si pensara que se había escapado de un psiquiátrico lo que, de hecho, en un día

como hoy tampoco se alejaba mucho de la realidad—. Es decir, sí, de acuerdo.

—Vaya, trata de contener tanto entusiasmo. ¿Tienes algo en contra de salir con un mecánico?

—¿Salir? ¿Contigo? —farfulló. Fantástico, ahora parecía idiota—. Tengo novio.

—Mira, si no quieres salir, dímelo y ya está. No hace falta que mientas.

—No te miento. Tengo novio.

—¿Ah, sí? ¿Y entonces por qué no le has llamado cuando te has quedado tirada en la carretera?

—Lo he hecho pero no estaba en casa.

—¿Y dónde está?

—¿Cómo quieres que lo sepa? No nos pedimos permiso.

—Vaya, sí que estáis unidos, ¿no?

—Mi relación con Joey no te...

—¿Cuánto lleváis saliendo Joey y tú?

—Dos años, ¿por qué?

—Ya veo.

—¿Qué ves?

—Pues veo que, o ese Joey es idiota o va a dejarlo. O quizá las dos cosas.

—Mira, sé que me arrepentiré, pero te lo preguntaré igualmente: ¿qué quieres decir con eso?

—Está claro. A Joey no le preocupa que un tipo se te acerque y te camele, lo que le convierte en un idiota. Porque, si fueras mía, me aseguraría de saber dónde estabas siempre y tú sabrías dónde encontrarme las veinticuatro horas del día. Pero quizá vaya a dejarlo, por eso se está distanciando, dejando claro que no estáis juntos, que ya no estáis sincronizados ni formáis parte de la vida del otro, en cuyo caso es imbécil por dejarte ir.

Rosalie no podía creer que estuviera manteniendo esa conversación con Nick el mecánico... o con cualquier otra persona. Cruzó los brazos y lo miró.

—Vaya, qué bueno eres, ¿no? Acabas de despedazar a mi novio, le has hecho parecer un gilipollas sin sentimientos, mientras yo soy una mujer ideal. Increíble. Es difícil que una chica escuche ese monólogo y esté enfadada contigo. Seguro que te funciona siempre.

El canalla tuvo la cara de sonreír. Y sí, era una sonrisa de esas que te quitan la respiración y que hace que a muchas se les mojen las bragas, pero tenía mucha cara.

—¿Te has parado a pensar que puede que sea yo la que me esté distanciando?

—Eso espero, pero eso demuestra que tengo razón.

—¿Y qué razón es esa?

—Pues que el tío es idiota. Solamente un idiota te dejaría insatisfecha.

Rosalie confiaba en que tuviera una buena visión periférica porque la estaba mirando a ella y no a la carretera. Esa mirada le decía que él sabía cómo satisfacer a una mujer y que le encantaría demostrárselo. Esbozó una sonrisa y volvió a fijar la vista en el tráfico.

—Tengo razón, ¿a que sí? Ese tío es idiota. Ahora, la pregunta que me hago es: ¿por qué llevas dos años saliendo con un idiota, Rosalie Ronaldi?

—Así mi familia no me machaca para que me case y tengo a alguien a quien llevar a las reuniones familiares.

—¿Y te funciona? ¿Te dejan en paz?

—¿Pero qué eres, un adivino? Hasta hoy me ha funcionado, sí. Parece que he superado la fecha de caducidad de una relación sin compromiso. ¿En qué parte del manual italiano dice que una chica se convierte en *puttana* después de salir dos años con un chico?

Nick la miró de reojo.

—Está en la letra pequeña, debajo de la sección de los matrimonios concertados.

—Pues no me extraña que no lo haya visto. No me interesa el matrimonio, nunca me ha interesado. ¿Por qué alguien querría arriesgarse, sobre todo una mujer? ¿Por qué pasarse la vida atendiendo a un marido para que luego este te sustituya por un modelo nuevo en cuanto empiezas a marchitarte?

—Ni idea.

—Gira a la izquierda en la próxima manzana. Es la tercera casa a la derecha.

Nick aparcó en doble fila frente a la casa de ladrillo visto y sacó la llave del contacto.

—¿En qué planta vives?

—¿Por qué quieres saberlo?

Nick señaló la carpeta.

—Necesito tu dirección.

—En la primera planta.

Le ofreció las llaves del coche pero no dejó que las cogiera.

—Bueno, ¿y dónde quieres que vayamos a comer mañana?

Consiguió arrancarle las llaves de las manos y lo vio sonreír.

Ella intentó no reír, pero no era fácil con esa sonrisa pícara. Fue a abrir la puerta pero Nick la detuvo.

—No.

Él se bajó de la grúa, dio la vuelta por delante, le abrió la puerta y la ayudó a bajar. Su mano, de piel áspera y con cicatrices, le transmitió calor e hizo que la suya pareciera más pequeña en comparación.

Rosalie se detuvo en la acera frente a su piso y tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mirarle a los ojos.

—Yo no he dicho que fuera a comer contigo. Estoy con alguien.

—Pero me has dicho que te estás distanciando del idiota de Joey, el que no te satisface. Así que nos vemos mañana a la una.

—No puedo venir a Brooklyn a comer. Trabajo en el centro.

—Pues entonces cenemos. Quedamos en el taller. Puedes recoger el coche antes de cenar.

—Nick, ya te he dicho...

—Lo sé. Mira, ven a recoger el coche cuando salgas del trabajo y vamos a tomar algo. No pasa nada.

—Pero si ni siquiera sé cómo te llamas.

Él le dio la carpeta y un bolígrafo.

—Sí lo sabes. —Se señaló el pecho—: Nick.

Rosalie firmó y le devolvió la carpeta. Nick escribió algo más antes de entregarle una copia.

—Llámame si necesitas cualquier cosa. Me encontrarás en Romeo's. Pregunta por Nick, ahí todo el mundo me conoce. El otro número es mi móvil.

Ella se guardó el papel en el bolsillo del abrigo.

—No necesitaré nada. —Empezó a subir las escaleras de entrada al edificio con Nick detrás. Cuando llegó a la puerta, volvieron a jugar al tira y afloja con las llaves. Ganó él. Le abrió la

puerta, la mantuvo abierta y se quedó en el pórtico, bajo la luz de la farola.

—Buenas noches, Rosalie Ronaldi.

—Buenas noches, Nick.

Él se inclinó y durante un segundo, ella pensó que la besaría. Contuvo la respiración pero él se limitó a apartarle un mechón de la cara y le guiñó un ojo. Entonces se dio la vuelta y saltó los escalones de dos en dos, silbando. ¡Silbando!

Capítulo dos

Nick se subió a la grúa y esperó hasta que vio encendida la luz del apartamento de Rosalie. Cuando vio que se movían las cortinas supo que Joey era historia. Ninguna mujer mira cómo se va un hombre a menos que esté interesada, y por la manera en que ella lo miró cuando la tocó, estaba interesada... y algo decepcionado porque él no la hubiera seguido.

¿En qué había estado pensando? Ella pertenecía a otra persona. Estaba claro que el tipo era idiota, pero él no se entrometía nunca. Había aprendido bien la lección con la novia de Rich Ronaldi precisamente.

Con Rosalie, le entraban muchas ganas de tocarla y saborearla. Sobre todo saborearla con esos apetitosos labios que tenía. Sí, le daba un nuevo sentido a la palabra «exuberante». Desde su melena morena y rizada que le llegaba hasta la barbilla y que era tan suave como parecía, hasta sus curvas y su trasero: era el paradigma de una mujer de fantasía. Pero hasta que no rompiera con el pringado de Joey no la tocaría, por muy guapa que fuera, lo bonito que fuera su culo o lo bien que oliera. Se incorporó al tráfico e inspiró hondo. Aún notaba la esencia de su perfume por encima del olor a aceite de motor. Quería volver a oler su perfume, pero esta vez más de cerca.

Ya había olvidado lo emocionante que era la caza. Durante los últimos años no le había hecho falta perseguir a las mujeres. De hecho, prácticamente tenía que quitárselas de encima a manotazos y se había aprovechado al máximo de ese bufé sexual desplegado ante sus ojos. No recordaba cuándo había empezado a perder el gusto, pero durante ese último año le resultaba difícil distinguir las novias entre sí.

De acuerdo, Rosalie vio cómo se iba Nick, pero no significaba nada. Lo había observado porque tenía su escarabajo y a ella le encantaba su coche. Lo que tu digas, Ronaldi. *Dave* no se lo tragaría ni aunque se lo ataras a una galleta. Hablando de lo cual...

—*David Rufus Ronaldi*, ¿dónde estás?

Dave entró al salón lentamente y como si estuviera confundido. Maldita sea, tendría que haber entrado a hurtadillas al dormitorio. Seguro que lo hubiera descubierto durmiendo encima de la cama, aunque tampoco necesitaba muchas pruebas. Todo ese pelo negro lo delataba más que otra cosa.

—¿Esperabas oír el coche, eh, pillo? —Se agachó para darle un beso en la cabeza y, a cambio, recibió un lametón en los labios. ¡Puaj! El chucho tenía una puntería impecable—. Anda, salgamos a pasear.

Rosalie siguió al perro al jardín e intentó no pensar en lo que había dicho Nick, aunque no funcionó. Pero ¿cómo podía evitar no pensar en eso?

Cuando *Dave* hubo regado todos los arbustos a los que no había asesinado todavía, volvieron a entrar. Rosalie puso música y se cambió de ropa para poder respirar un poco. Ya se había puesto los pantalones del pijama y una camiseta cuando el perro empezó a ladrar. Un segundo más tarde oyó que llamaban a la puerta. Le dio la desagradable sensación de que era Joey.

Miró por la mirilla y vio a Joey observándola. Joder, ¿por qué había acertado y por qué le habían dejado pasar los de seguridad?

Quitó los cuatro cerrojos y abrió la puerta mientras intentaba contener a *Dave*, que imitaba a *Cujo* a las mil maravillas. Era medio san bernardo y medio labrador, aunque seguro que tenía algunos ingredientes más. Al perro nunca le había gustado Joey y a este último, como no le gustaba tentar su suerte, apenas venía a casa, lo que ella siempre pensó que era una ventaja. Así se evitaba eso de hacer limpieza general y cambiar las sábanas antes de una cita. No se le daba bien eso de ser ama de casa.

Después de encerrar a *Dave* en el dormitorio, volvió y encontró a Joey caminando de un lado a otro. Algo le había alterado porque él nunca daba vueltas. Era tan tranquilo que a veces tenía ganas de tomarle el pulso para ver si seguía vivo. Joder. Lo

único que quería era meterse en la cama con una apasionante novela romántica y no enzarzarse en una discusión.

—He visto el mensaje y he buscado el coche. ¿Estás bien?

Quería decirle: «¿A ti qué te parece?», pero no era culpa suya que tuviera un piso y la hubiera recogido un mecánico buenorro.

—Sí, estoy bien. Un hombre pasaba con una grúa y se ha llevado el coche al taller Romeo's. —Joey parecía distraído. ¿Por qué no había llamado? Intentó no hacer caso de los gemidos y los ruiditos que hacía el perro al rascar la puerta—. ¿Solamente has venido a eso? ¿A investigar?

—No, quería hablar contigo de algo.

El día mejoraba por momentos. Quería hablar. Seguro que sería una conversación chispeante. Le vino a la cabeza la palabra «idiota» con luces de neón.

—¿Te apetece una copa de vino? Creo que tengo abierta una de Cabernet. —En realidad, la que necesitaba beber era ella.

Él empezó a caminar por la habitación, inquieto.

—No... Oye, ¿nos sentamos?

—Claro. —Apartó el maletín y la cartera y se sentó en el sofá, encima de un cepillo. Lo cogió y lo guardó en el bolso.

Joey le lanzó una mirada de desaprobación. Eso lo había sacado de su madre: Rosalie la veía cada vez que su madre le preguntaba cuándo se casarían. Apretaba los labios con tanta fuerza que casi desaparecían. Joey arqueó una ceja que casi le llegó al nacimiento del pelo —lo que, en él, estaba muy arriba— e inclinó la cabeza un poco al tiempo que chasqueaba la lengua. Era muy molesto. No sabía cómo, pero se las apañaba para hacerle sentir como si tuviera cinco años e intentara decirle a la madre superiora por qué había tirado los peniques por el retrete.

Joey se sentó en la mesita de centro. No había mucho espacio entre la mesa y el sofá. Rosalie quiso levantarse y apartarse de él pero Joey atrapó sus piernas entre las suyas y le cogió las manos. Las de Rosalie estaban heladas y le temblaban. Ay, madre, eso pintaba muy mal.

—Rosalie, he estado pensando sobre mi vida. He hablado con mis padres y hemos tomado una decisión.

—Mira, Joe...

—No, déjame terminar, ¿vale? Llevo todo el día practicando.

Entonces sonó el teléfono. Salvada por la campana. Levantó el auricular que estaba en la mesa detrás del sofá y le dio gracias a Dios por la interrupción.

—¿Sí?

—¿Ya te lo ha pedido? Me ha llamado la señora Manetti. ¿Quiere celebrar la boda en su iglesia! ¿Te puedes creer la cara que tiene? ¿Debería pagar yo por una boda que se hará en su iglesia? Ya le he dicho que te casarás en la de Saint Joseph.

—¿Mamá?

—Pues claro, ¿quién pensabas que era? ¿La Virgen María?

Ay, ay, ay, ay, ay.

—Sí, mamá, Joey está aquí ahora. No, no hay novedades.

—Vaya, te va a pedir la mano y aquí estoy yo, interrumpiendo. Colgaré y rezaré una novena para bendecir tu matrimonio. *Ti amo*, cariño, me has hecho muy feliz.

—Mamá, guárdate las novenas, no adelantemos acontecimientos...

—*Ciao, bella*, mañana hablamos.

Rosalie se quedó mirando el teléfono hasta que empezó a emitir pitidos. No creía lo que estaba sucediendo. Joey cogió el teléfono, pulsó el botón de colgar y se levantó para dejarlo en su base.

Ella intentó pensar en alguna excusa. Si dejaba salir al perro del dormitorio mataría a Joey y por lo menos tendría un buen pretexto para no casarse con él. Entonces él se arrodilló. El teléfono volvió a sonar.

—Lo siento. Tengo que cogerlo. —Se escabulló de él... bueno, lo empujó y estuvo a punto de tirarlo con las prisas de coger el teléfono—. ¿Diga?

—Si te crees que tu boda va a eclipsar la mía, prepárate. ¿Cómo te atreves a prometerte antes de que me case? Es mi momento, ¿te enteras?

—¿Annabelle? —Fantástico. Primero su madre y ahora su hermana.

—¿Quién va a ser? ¿El Espíritu Santo?

—No, la Virgen María.

—Qué graciosa. Mira, solo porque seas una solterona no

quiere decir que... Ay, Dios mío, ¿te ha dejado embarazada? Ya decía yo que te veía hinchada hoy.

—¡No estoy hinchada! —Rosalie se miró la barriga. Vale, un poquito... ¿pero qué se puede esperar después de pasarse cuatro horas comiendo?—. Oye, Annabelle, ¿por qué no llamas a mamá y hablas con ella? Tengo que colgar.

Joey le cogió el teléfono, lo colgó y lo desconectó después. Se habían acabado las llamadas.

—Rosalie. —Le cogió las manos pero esta vez, gracias a Dios, no se arrodilló—. Papá se jubila a finales de año. Mamá y él se mudan a Florida con la abuela. Les compraré la carnicería, así que creo que es hora de formalizar nuestra relación. Viviremos en su piso encima de la tienda y podrás dejar tu trabajo. Y cuando tengamos familia, podrás cuidar de los niños. Cásate conmigo, Rosalie.

Ni se imaginaba lo mal que le habría salido la proposición si no hubiera practicado. No era una declaración de amor eterno; era más bien un «voy a comprar el negocio de mis padres y quiero formalizar nuestra relación». Su proposición era tan romántica que no podía contener la emoción. Se derritió enterita. ¡Ja!

Joey sacó una cajita, la abrió y le enseñó el diamante más pequeño que había visto nunca. Realmente había puesto toda la carne en el asador.

—Tienes razón, es hora de formalizar la relación, por eso no pienso casarme contigo. Lo siento, pero tendrás que buscarte a otra que te ayude en la tienda. Soy experta en análisis financiero y se me da muy bien. Puedo llegar a vicepresidenta, incluso. No fui a la universidad y he estado trabajando como una burra durante los últimos cinco años para llevar tu carnicería.

—La llevaría yo. Tú solamente me ayudarías.

—Lo que tú digas, pero eso no va a pasar.

Se quedó con la boca abierta y al momento volvió a aparecer esa expresión de reproche.

—De acuerdo, tómate un tiempo y piénsatelo. Pero recuerda, no es que rejuvenezcas con el tiempo, ¿sabes? Y tampoco recibirás una oferta mejor. Tengo mi negocio, gano dinero y tendrás un hogar agradable encima de la tienda. ¿Qué más quieres?

La madre y la tía de Rosalie le habían dicho lo mismo entre los *antipasti* y los *manicotti*. Parecía que la locura era contagiosa.

—Mira, es la tercera vez en lo que va de día que me llaman solterona. ¡Tengo veintisiete años, por el amor de Dios!

Al ver su mirada de reprobación le entraban ganas de echarse a gritar. A Joey no le parecía apropiado que las mujeres dijeran palabrotas. ¡Pues qué lástima!

—No soy ninguna solterona y aunque puede que no sepa qué quiero, sé seguro lo que no quiero. Y no quiero casarme contigo. Así que ya puedes coger ese anillo y tu proposición comercial y largarte de aquí si no quieres que sea *Dave* quien te acompañe a la puerta.

—Rosalie, cálmate...

—No me digas que me calme. Quiero que te vayas de aquí. Ahora mismo.

Dave la oyó gritar y empezó a dar cabezazos contra la puerta. Joey miró la puerta del dormitorio, luego a Rosalie y empezó a retroceder. Ya tenía una mano en el pomo cuando carraspeó y se puso derecho.

—Te arrepentirás de haber rechazado mi proposición. Acuérdate de lo que te digo. Nadie te va a querer ahora. Y sí, estás hinchada. —Tras eso, salió y cerró de un portazo.

Rosalie dejó salir a *Dave* del dormitorio y vio que tendría que reponer los adornos de madera de la puerta. Pensó que se había librado con relativa facilidad. Levantó la vista y apagó las luces antes de acostarse. No se molestó en ver cómo Joey se marchaba.